

Bibliografía

LA CEPAL: ¿UN POPULISMO ECONOMICO?

Octavio Rodríguez, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, 2a. ed., Siglo XXI Editores, México, 1981, 361 páginas.

En años recientes, diversos analistas han examinado el pensamiento económico latinoamericano con el auxilio de técnicas históricas y comparativas. Lo tocan de cerca el ensayo elegante, aunque incompleto, de F.H. Cardoso; la tipología fragmentaria de Bath y James; la penetrante indagación de J. Love y, en fin, el texto comprensivo de O. Rodríguez.¹

Desde lejos y en forma indirecta, ese pensamiento es iluminado —al menos en algunas de sus aristas— por J. Wallerstein, en trabajos incluidos en la indispensable compilación de R. Villarreal, en Delacroix y Ragin, y en Hodara.²

Se trata de un giro afortunado. Las ideas económicas y sociales, si no se les captura y reinterpreta constantemente, encaran el riesgo del olvido terminal o de la reinención inocente (fenómeno este último que, por frecuente, ha recibido el nombre de cleptomnesia).

1. F. H. Cardoso, "La originalidad de la copia: la CEPAL y la idea de desarrollo" en *Revista de la CEPAL*, segundo semestre de 1977; C. R. Bath y J.D. James, "Dependency Analysis of Latin America: Some Criticisms, Some Suggestions", en *Latin American Research Review*, vol. XI, núm. 3, 1976; J.H. Love, "Raúl Prebisch and the Origins of the Doctrine of Unequal Exchange", *Latin American Research Review*, vol. XV, núm. 3, 1980.

2. J. Wallerstein, *The Capitalist World Economy*, Cambridge University Press, 1979; R. Villarreal (comp.), *Economía internacional*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979; J. De. croix y Ch. Ragin, "Structural Blockage", en *American Journal of Sociology*, vol. 86, núm. 6, mayo de 1981; J. Hodara, *Intellectual Sources of the New International Economic Order* (borrador), Tel Aviv University, 1981.

En estas páginas me concentraré en gran medida en el trabajo de Octavio Rodríguez que alude al fértil paradigma de la CEPAL. Incursionaré en una de las proposiciones heterodoxas y relativamente originales que allí aparece, a saber: el sesgo populista que tendrían las ideas de Raúl Prebisch (p. xii y cap. ix).

El desarrollo del subdesarrollo

Ya dije que las indagaciones recientes sobre la reflexión económica latinoamericana representan un paso bienaventurado. Más aún si éstas toman como puntos de arranque las interpretaciones cepalinas, cuyo efecto en el discurso regional es innegable. Efecto intenso que se explica por una paradoja: la coincidencia entre esas interpretaciones y los deseos encendidos de una generación abrumada por la pobreza interna y la marginalidad internacional, por una parte, y el misterio que rodea la filiación intelectual y la secuencia precisa de las ideas cepalinas cardinales, por la otra. No pocos saben lo que la CEPAL postula en materia de crecimiento, industrialización y complementaciones regionales; pero muchos ignoran la génesis y los préstamos de estos asertos. Esta peregrina amalgama de conocimiento e ignorancia imprime a la CEPAL una atracción deslumbradora. No será la primera vez que el misterio en el abolengo de ideas y personas cautiva.

Octavio Rodríguez no disipa el misterio de los orígenes de las ideas cepalinas. Se atrinchera más bien en la teoría del *subdesarrollo* que este organismo había enhebrado en el curso de tres decenios. En rigor, la CEPAL propuso una teoría del *desarrollo*. De todos modos, Rodríguez coloca el acento en el período de gestación y alumbramiento más que en las ramificaciones ulteriores de los motivos básicos.

Se trata de un texto escrito con la lógica y las repeticiones

casi inevitables que la didáctica obliga. Consta de una introducción general que hace el recuento de los componentes que habrán de investigarse: la concepción centro-periferia, la teoría del deterioro de los términos del intercambio, el papel del Estado y de la planificación, el desarrollo “hacia adentro”, los obstáculos que entorpecen la propagación social del ingreso y del avance técnico, y otros aportes secundarios o tardíos. En los cinco capítulos siguientes, Rodríguez aborda cada cuestión por separado, tratando de citar y parafrasear los textos con una perspectiva estructuralista y cuasi-marxista.

¿Por qué adjudicó Rodríguez a la CEPAL una teoría del *subdesarrollo* cuando los componentes que analiza —y las aspiraciones generacionales que en parte recoge— apuntan más bien hacia la diversificación económica y el movimiento ascendente de factores y estructuras? No me parece un caso de elección infeliz sino una consecuencia lógica de la crítica a la CEPAL (tercera parte del texto), cuya dimensión deja atónito al propio Prebisch, en la introducción de la obra.

Subdesarrollo postularía la CEPAL —según Rodríguez— pues a pesar de la amplitud y unidad de su reflexión, de su puntería en las causas de la merma de la acumulación, y del análisis que propone sobre las tendencias encontradas de la industrialización (desempleo, desequilibrio externo y deterioro) (p. 271), sus contribuciones “no alcanzan a conformar un todo coherente”, ni “consideran las relaciones sociales... de la industrialización” (p. 273). Es oportuno preguntar si estas presuntas deficiencias no cancelan las virtudes que Rodríguez atribuye a la CEPAL en los capítulos previos. Le molesta en particular —y de aquí el “subdesarrollo” del señalamiento cepalino— que “las relaciones de producción sean ignoradas” (observación 32, p. 273) y el desmedro de los nexos de “explotación entre capital y trabajo, que imprimen un carácter antagonico a las relaciones de las clases sociales” (p. 275).

La CEPAL entrañaría subdesarrollo, en fin, porque presenta “cuño intervencionista”. “Sus documentos no proponen aumentar indefinidamente la participación del Estado en la propiedad, ni extender de manera ilimitada sus funciones y atribuciones” (p. 281). Hay un acto de desesperación intelectual en estas aseveraciones de Rodríguez, pues si en las primeras secciones sugiere que la CEPAL denota filiaciones que recuerdan a los clásicos (incluyendo a Marx), a Hobson y a Luxemburgo, en los últimos capítulos descubre el carácter reformista y unilateral del pensamiento cepalino.

Nótese que Rodríguez tiene reparos emocionales e intelectuales en coincidir enteramente con las izquierdas que vislumbran a la CEPAL como un movimiento pequeñoburgués, tecnocrático, envejecido, desarraigado, y secretamente hostil a las masas y a los cambios de envergadura. Rodríguez parece practicar la diplomacia con sus emociones, pues se limita a afirmar que la CEPAL sirvió a las burguesías nacionales (p. 285). El argumento, en verdad, es más complicado. Al principio, los aportes de la CEPAL “parecen tener un alto grado de neutralidad”, pero luego desbarrancan en ideología.

Cabe preguntar, primero, cómo se explica la “neutralidad ideológica” de la CEPAL en terrenos donde apenas hay lugar para ella; esta neutralidad se contrapone a convicciones básicas del propio Rodríguez y a lo que sabemos sobre el nexo ideo-

logía-economía.³ Y segundo, ¿cómo llegó a convertirse la CEPAL en la justificación doctrinaria de la explotación interna y de la complicidad imperial? ¿Es accidente o acto deliberado? Más todavía, si “el pensamiento de la CEPAL postula ideológicamente la reproducción de relaciones capitalistas”, ¿cómo podría ignorar “la relación básica de explotación entre capital y trabajo”? (p. 286). Aquí Rodríguez atribuye a la CEPAL una inocencia intelectual sorprendente, como si fuera un caso excusable de “falsa conciencia”. De todas maneras, la CEPAL gesta subdesarrollo pues “no logra superar los marcos de la economía convencional, a la cual en definitiva pertenece” (p. 287).

Este remate de Rodríguez —la pertenencia de la CEPAL a las corrientes neoclásicas— merece extensa atención. Creo que es un error. Mis estudios sobre el particular⁴ me llevan a la conclusión de que el pensamiento cepalino es una amalgama del aporte clásico (con Marx), el estructuralismo europeo (Perroux, Carr) y del arielismo latinoamericano. Pero no ampliaré ahora esta hipótesis.

El reformismo de la CEPAL (la más elegante de las etiquetas posibles) encontró eco en “las ideologías de corte populista surgidas en algunos países de la región en el decenio de 1950 y en los dos anteriores” (p. 288). Al parecer, Octavio Rodríguez se refiere al getulismo y al peronismo. Si éste es el caso, la elación causal debe ser claramente invertida: *el populismo habría generado a la CEPAL*. La alianza de los nuevos grupos industriales con el proletariado urbano habría creado la demanda social por la doctrina cepalina. La conclusión de Rodríguez no deja de intrigar, pues, por ejemplo, los vínculos entre la CEPAL y peronismo jamás fueron idílicos y el getulismo cronológicamente no necesitó de la CEPAL. ¿Cuál es entonces el apoyo empírico de este aserto?

Populismo: una semántica resbaladiza

¿Qué es el populismo? Especialistas en el tema concluyen que “no puede haber duda alguna respecto de la *importancia* del populismo; en cambio, nadie sabe exactamente *qué es*”.⁵ Esta caracterización es exagerada. Rodríguez cita un trabajo de F.C. Weffort que fija trazos al populismo: “estructura institucional de tipo autoritario y semicorporativo; orientación política de tendencia nacionalista, antiliberal y antioligárquica; orientación económica de tendencia nacionalista, estatista e industrialista; composición social policlasista, pero con apoyo mayoritario en las clases populares” (observación 39, p. 288). Prebisch prefiere una pintura vaga: “tiene a veces el populismo una significación profunda. Es la expresión de sentimientos y aspiraciones humanas que desconocen generalmente los estratos favorecidos de la estructura social. El populismo se caracteriza, sin embargo, por halagar esos sentimientos y aspiraciones sin tratar de penetrar en el fondo de los graves problemas sociales” (p. xii del prólogo). Esta pintura, sin embargo, es más correcta y comprensiva que la que adopta

3. Acerca de este nexo véase la excelente exposición de W.J. Samuels, “Ideology in Economics”, en S. Weintraub (ed.), *Modern Economic Theory*, University of Pennsylvania Press, 1977.

4. Realizo estos estudios en el marco de El Colegio de México y en esencia se refieren a los orígenes intelectuales de Raúl Prebisch.

5. Según G. Ionescu y E. Gellner (eds.), *Populismo*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1970, p. 7.

Rodríguez en los hechos. Este apunta a la expansión industrial y urbana como rasgo determinante del populismo, en cuanto "consiste de una modernización de actitudes" y de la "gradual absorción económica y social de los grupos marginados" (p. 289).

Para Rodríguez, la CEPAL *cum* populismo "atribuye al Estado el papel de promover los intereses de los grupos industriales nacionales, de conciliarlos con los de otros grupos de la clase capitalista, y de arbitrar y dirimir los conflictos que surgen entre éstos y los restantes grupos y clases sociales" (p. 290). El Estado-nación concierne y regula una alianza policlasista. Desde este punto de vista, la CEPAL representaría un reformismo ahistórico puesto que, a semejanza de otros países del Tercer Mundo, consideraría a la lucha de clases como "una sobrevivencia colonial".⁶ La CEPAL, como populismo, "identificaría el Estado con la nación" (p. 291); la entidad burocrática que el Estado encarna se confunde con un marco normativo, comprensivo y casi metafísico. Inevitablemente, los abusos del Estado son disimulados en nombre de la nación. Y la CEPAL habría legitimado *ex post* estos abusos. Nacionalismo, estatismo e industrialización se combinan para mantener estructuras retardatarias bajo el rótulo de un corporativismo social; no importa si el discurso explícito de los gobernantes es de izquierda o derecha: la CEPAL se habría ajustado a cada versión (p. 293) al practicar dichos gobiernos un género de "clasicidio".

Rodríguez no ignora que en los años sesenta ocurrieron cambios en la CEPAL. Se trata de "la ruptura de las alianzas de tipo populista que en años anteriores otorgaban sentido histórico a la interpretación teórica y a las políticas económicas pugnadas por dicha institución" (p. 298). En consecuencia, la CEPAL perfecciona y aguza el diagnóstico de la condición latinoamericana, destacando los factores de desequilibrio interno e internacional. Sin embargo, no se llevan a cabo "variaciones de fondo que corrijan su limitación básica: la falta de un análisis satisfactorio de las relaciones sociales y políticas" (p. 298). "El pensamiento de la CEPAL altera, pero no supera, los marcos de la economía convencional" (p. 298). Con esta conclusión final Rodríguez destruye mucho de lo bueno y acertado que pretendió construir al principio del trabajo.

El populismo como "clasicidio"

Pienso que Rodríguez hizo una indagación modestísima del populismo, pues si la CEPAL es populista, constituye una de las manifestaciones más cínicas y aberrantes del pensamiento latinoamericano. No creo que ésta sea la convicción de Rodríguez, pero su leve y antojadiza crítica abre la posibilidad de deducir esta idea.

Me explicaré. Más allá de las diferencias entre el populismo estadounidense (agrarista, capitalista, resentido) y el ruso (intelectual, anárquico, nostálgico), este movimiento presenta rasgos⁷ que la CEPAL, a pesar de sus propensiones tecnoburocráticas, rechaza. El liberalismo político, por ejemplo, es un valor cepalino al que sólo en condiciones extremas y con voz

6. Al respecto véase P. Worsley, "El concepto de populismo", en Ionescu y Gellner, *op. cit.*

7. Para mayores detalles véase A. L. Hennessy, "America Latina", en Ionescu y Gellner, *op. cit.*

menor esta institución tiende a renunciar. No así el populismo, que glorifica la tradición del caudillo, el nacionalismo autoritario y excluyente, y la salvación individual mediante la entrega personal al Estado. El populismo trata de perpetuar las relaciones de patronazgo, que tienen equivalente celestial en el diálogo del creyente con su santo.⁸ El populismo, en fin, ensalza la redención en y con la tierra; es un movimiento fisiocrático. Nada más extraño a la CEPAL. Para ésta, el comercio y la industrialización constituyen motores del crecimiento; su preocupación ruralista fue, en verdad, tardía.

Es más, el populismo es una forma de primitivismo, de romanticismo místico y anti-intelectual, de misticismo secular y manipulador. Integra a las clases en forma simbólica y con artificios coyunturales del gasto público. Odia a la ciencia y eleva la vivencia circense a una categoría suprema de diversión instintiva y política. La CEPAL no parece haber tocado estos extremos. Si ignoró a las clases fue por un imperativo organizacional; no por una propensión orgánica al "clasicidio".

Limitaciones de un paradigma

La crítica de Rodríguez, aunque la creo incorrecta, tiene sin embargo una virtud: pone en el tapete rasgos y dilemas que, a pesar de las adiciones recientes de Raúl Prebisch,⁹ hoy presenta signos de fatiga intelectual y organizacional. Rodríguez abre la discusión con un error apreciable, pero la invitación a la crítica tiene mérito intrínseco.

Si pretender por ahora un examen exhaustivo de las flaquezas del pensamiento y de la organización cepalinos, insinuaré algunas líneas que todavía requieren detenida inspección. Espero publicar un producto más acabado en el futuro próximo.

Supongo, primero, que la CEPAL encierra un paradigma, es decir, un conjunto de asertos sobre el crecimiento y la marginalidad de América Latina en relación al cual existe un compromiso intelectual y social por parte de los funcionarios que lo sostienen.¹⁰ Este compromiso gesta solidaridades y satisfacción existencial. Empero, en el curso del tiempo la solidaridad puede trocarse en un encapsulamiento incestuoso y la satisfacción en un ritual vacío si el paradigma no encara fuentes de "falsificación", esto es, disonancias e incongruencias entre la realidad advertida y los preceptos postulados.¹¹

Supongo, en segundo lugar, que la CEPAL cuenta todavía con bases para una renovación cognoscitiva y social interna en la medida en que la estructura rígida de las Naciones Unidas le permita libertad de maniobra en reconocimiento del aporte extraordinario de la CEPAL a esa tradicionalista institución.¹²

8. Según D. Mac Rae, "El populismo como ideología", *ibid.*

9. Apunto desde luego a sus ideas sobre el "capitalismo periférico" y a las reacciones que ha suscitado especialmente en la *Revista de la CEPAL*.

10. En este sentido, no difiere de otros paradigmas. Véase por ejemplo N. Stehr, "The Ethos of Science Revisited", en J. Gaston (ed.), *Sociology of Science*, Jossey-Bass Pub., Londres, 1979.

11. Para un examen profundo de la "falsificación" véase K. Popper, *Conjectures and Refutations*, Harper Torchbooks, Nueva York, 1965.

12. Hay un antecedente en la libertad de maniobra que se le concedió a la UNCTAD. Véase J. Nay, "UNCTAD", en R.W. Cox y H.K. Jacobson (eds.), *The Anatomy of Influence*, Yale University Press, 1973.

Si estos supuestos son aceptados, cabe preguntar, ¿cuáles son las flaquezas más notorias de la CEPAL que podemos anotar con el acicate crítico de Rodríguez?

a] La CEPAL tiene una comprensión precaria del capitalismo en esta fase de transnacionalización selectiva de su propio espacio económico. A pesar de que en algunos trabajos se subrayan nuevas tendencias,¹³ no se han extraído conclusiones sobre la naturaleza del capitalismo en los ochenta y, en forma particular, las implicaciones de la “nueva derecha”.¹⁴

b] La CEPAL no ha superado “los exámenes de falsificación” (en el sentido popperiano) puestos, por ejemplo, por el crecimiento sostenido de Brasil, el descalabro de los mercados comunes, el fracaso de la planificación en casi todos los géneros, el alejamiento de la libertad política y, sobre todo, la heterogeneidad “cuántica” y cualitativa que caracteriza hoy a la región latinoamericana. En lugar de encarar estas pruebas, la CEPAL se ha atrincherado en casos “clásicos”, de significado coyuntural, “normales” respecto al paradigma aceptado pero alejados de la realidad. Cuidando proporciones, los cepalinos parecen asemejarse a los teólogos de Padua que rehusaron por principio observar a través del telescopio que Galileo había robado de otros colegas. . . No es por humanismo (el motivo puede en verdad existir) que la CEPAL dedica atención a países pequeños y a problemas adocenados; lo hace para preservar una coincidencia cognoscitiva con su paradigma.

c] La CEPAL ha abierto cauce a la institucionalización del papel del economista en América Latina; sin embargo, hoy no puede lidiar exitosamente con economistas nacionales formados en el extranjero y con un mercado *ethos* académico y con la propensión a la política económica de corto plazo. Precisa la CEPAL “un desarrollo hacia adentro”.

d] El rejuvenecimiento cognoscitivo de la CEPAL depende de su rejuvenecimiento generacional. Esto suena cruel y hasta irrealista. Cruel, pues significa prescindir de personas que han cumplido un itinerario importante en la reconstrucción económica del área; e irrealista, pues la organización se defiende con derechos adquiridos y con trenzas no tan invisibles. Empero, no existe otra opción. Si el rejuvenecimiento generacional de la dirección no se produce, no es el populismo fisiocrático y caudillista lo que amenaza a la CEPAL, sino el compromiso acrítico con el Estado transnacionalizado, con un liderazgo sin relieve y con una marcha a remolque.

e] La CEPAL ha efectuado una lectura limitada de la historia económica de los países industriales. Piénsese, por ejemplo, en el concepto de “frontera” tan importante en la evolución de Estados Unidos como en la de Rusia. La frontera latinoamericana *no* es el campo; es la ciudad finita y abigarrada. Este tipo de frontera explica, en mi opinión, muchas de las “imperfecciones” que advierte Helleiner,¹⁵ aparte de las

“políticas de contención” que practican varios gobiernos. Segundo ejemplo: la perceptible importancia de la innovación tecnológica es un tema secularmente descuidado por la CEPAL. Hoy es claro que la evolución microelectrónica, la biotecnología, la robotización industrial, trastornan completamente los conceptos tradicionales consagrados¹⁶ sobre costos comparativos, turnos de empleo, movimiento de factores, productividad, externalidades, formación de capital humano, y hechos conexos. La CEPAL aún no ha absorbido las nociones *clásicas* sobre el avance técnico.

Concluiré de momento, a fin de reunir nuevas fuerzas para lidiar con asuntos que me preocupan considerablemente. Rodríguez abrió una caja de Pandora, tal vez inocentemente; el populismo económico (y cabe añadir, la economía convencional) son extraños a la CEPAL. Pero Rodríguez corrió un velo de santidad que daña al pensamiento cepalino. Recojo su acto, mas no su mensaje, aunque ambos seamos a la postre víctimas iguales de la impopularidad. . . *Joseph Hodara*.

16. Acerca de estas revoluciones tecnológicas véase OCDE, *Technical Change and Economic Policy*, París, 1980.

ESTADO Y SALUD, OPTIMISMO INJUSTIFICADO

Milton I. Roemer, *Perspectiva mundial de los sistemas de salud*, Siglo XXI Editores, México, 1980, 455 páginas.

Este libro está constituido por una recopilación de artículos publicados en diversas fechas —los más antiguos datan de 1950—, en los que Milton I. Roemer hace frente a una problemática de gran envergadura: ofrecer al lector una visión, una síntesis, de la organización, obstáculos y tendencias de los servicios de salud en un gran número de países tanto del campo socialista como del capitalista desarrollado y subdesarrollado.¹ Sin lugar a dudas, el autor se ubica en una posición privilegiada para realizar este género de estudios ya que, además de formar parte de la Universidad de California como profesor, es consultor de la Organización Mundial de la Salud.

Este “privilegio” se traduce, simultáneamente, en un afán empírico-descriptivo y, sobre todo, en una reducción del análisis de los sistemas de salud a uno de sus componentes, el institucional, con una concepción que nos atreveríamos a denominar como keynesiana de izquierda.

Los artículos que componen el libro están marcados por la fecha de su elaboración y este hecho no sólo se refleja en una cierta obsolescencia de algunos sino, y más importante aún, en su concepción del Estado interventor en el campo de la salud. Por un lado, esta intervención parece, según el autor, estar inscrita dentro de un conjunto de causas puramente técnicas: “El hecho de que estas dolencias [las de las personas de edad] resulten costosas ha provocado la acción oficial, lo que añade nuevo impulso a la organización social de los servicios de

1. El título original de la obra es *Health care systems in world perspective*, 1976, The University of Michigan, Ann Arbor, 1976.

13. Véase CEPAL, *América Latina en el umbral de los ochenta*, Santiago, 1979.

14. Me refiero, por ejemplo, a R. Heilbroner, “The Demand for the Supply Side”, en *New York Review of Books*, 11 de junio de 1981, y a D. Bell, *The Winding Passage*, Abt Books, Nueva York, 1980.

15. Sobre estas imperfecciones véase G. K. Helleiner, *International Economic Disorder*, MacMillan, Londres, 1980.

salud" (p. 30), o bien, "los hospitales son lugares que resultan caros de edificar y operar y, *por eso*, cada vez más, funcionan con patrocinio oficial" (p. 30, subrayado mío).

Por otra parte, la intervención estatal en el campo de la salud, medida por el porcentaje del gasto público destinado a tales fines, es apreciada por Roemer en el sentido de un rápido e ininterrumpido crecimiento, lo que corresponde a los hechos en el momento en que se redactaban estos artículos (los años cincuenta y sesenta). "En general, puede observarse por todo el mundo... una manifiesta tendencia hacia la creciente colectivización del financiamiento de los cuidados sanitarios" (p. 45).

Hacemos hincapié en el contexto cronológico de este trabajo, porque consideramos que impregna, como decíamos, la concepción del autor acerca del intervencionismo estatal. La época de la posguerra se caracterizó, entre otros rasgos, por un fuerte crecimiento del sector estatal en un gran número de actividades, productivas o no. El despegue de las economías capitalistas no permitía hacer presagios de ningún nubarrón en el horizonte de la acumulación de capital. La teoría de las crisis fue proscrita del ámbito académico y en su remplazo surgieron discursos acerca de las bondades del sistema social imperante. Las clases trabajadoras no deberían temer en el futuro las inclemencias del régimen asalariado: la condición obrera pertenecía a épocas pretéritas y superadas por el capitalismo. A esta visión idílica contribuyó singularmente el Estado que, mediante un voluminoso gasto en bienestar social, pudo forjar ante las clases trabajadoras, aun si las luchas de estas últimas estuvieran en la base de este aumento, la imagen de providencial.

Sin embargo, a los primeros síntomas de la crisis, esa agudización dramática de la normalidad burguesa de la cual habla Altvater, el capital no mantuvo inalterados los niveles del gasto en bienestar social vigentes durante los anteriores veinte años; no siguió los consejos keynesianos de aumentar el gasto en las actividades asistenciales para reactivar el ciclo económico. Muy al contrario, enfrentó a la clase obrera con el *neo-laissez-faire* friedmaniano. Este cambio radical implicó importantes recortes en los egresos estatales orientados hacia la salud, la educación, la vivienda, etc. El aumento aparentemente indetenible de la injerencia del Estado en el sector salud se vio contrarrestado por políticas que facilitarían el redespigue del capital, en detrimento de las políticas supuestamente promotoras de los intereses de la clase obrera. La búsqueda de la eficiencia en las instituciones sociales, pretexto con el que la burguesía justifica los recortes al gasto social, no es más que el intento capitalista de nulificar las conquistas obtenidas por la clase obrera durante la etapa de prosperidad del capital que, por lo mismo, hacía más permisible la realización de tales reivindicaciones. No hubo, por tanto, causas técnicas, como cree Roemer, en la creciente organización estatal de los servicios de salud. Si estas causas son consideradas técnicas, resultan ahistóricas, lo que la experiencia inmediata nos hace dudar.

La ineluctabilidad del intervencionismo estatal en los servicios de salud, sostenida por Roemer, no sólo ha sido desmentida, sino que tal "fatalismo" no existe. Para el autor, esta tendencia se hará presente en la totalidad de países y los obstáculos que se le oponen son únicamente "escaramuzas

mínimas". A la luz de los hechos que indujeron la injerencia estatal o la intervención legislativa en el área de la salud, estaríamos tentados de creer que se trataron de verdaderas batallas sociales, en las que el proletariado intentó hacer valer el reconocimiento social del deterioro de su salud que el régimen asalariado le impone.

Debe subrayarse que el propio Roemer participa de la idea de un Estado-providencia, según la cual su intervención constituiría un bien en sí, sería neutral. Esto último queda de manifiesto en su admiración acrítica del Servicio Nacional de Salud en la Gran Bretaña. Sin embargo, recientemente se ha puesto en evidencia que, por un lado, la prestación de servicios de salud no conduce mecánicamente a una mejoría de los niveles de salud de la población; por otro, que la intervención estatal es indisoluble de las formas que asume. En este sentido, un autor británico señala que frente a la política thatcheriana, "los programas que reivindican *más* servicios, mejor provistos de personal y mejor financiados, no son suficientes: tenemos que atacar la ideología y la estructura de los propios servicios. Reconocemos que el Estado de bienestar *no* es benevolente y cada vez menos es visto como tal por importantes sectores de la clase trabajadora, especialmente por las mujeres, los desempleados, los jóvenes y la población negra".²

Por último, abordemos el sesgo introducido en el análisis a raíz de la sola consideración del aspecto institucional de los sistemas de salud. Esto lleva al autor a observaciones formales acerca de los niveles de salud en los diferentes países que estudió, ya que el proceso de salud-enfermedad rebasa, con bastante más complejidad, la organización institucional de los servicios sanitarios. Más aún, la reorganización de los servicios propuesta por Roemer se limita a una transformación puramente institucional de aquéllos. De hecho, mejorar la situación de salud de la población equivale a abordar *no sólo* el funcionamiento institucional de los servicios, sino también y sobre todo a trastocar las pautas de la producción de los servicios médicos, de la producción en general, de la organización política, etcétera.

Esta última crítica nos lleva a una observación más general sobre este trabajo, referida a cómo concibe el autor la salud. El proceso de salud-enfermedad parecería ser una parcela exenta de toda contradicción social. El propio prefacio al libro (redactado por el director general de los Servicios de Salubridad de Noruega, Karl Evang) lo corrobora: "...Debido al *objetivo positivo y no controversial* de los servicios de salud, tiene uno mayor libertad que en otros sectores para poner a prueba y aplicar métodos que difieran de la filosofía o ideologías básicas del país de que se trate" (p. 9, subrayado mío). Roemer se adhiere a esta pretendida asepsia del campo de la salud: "una de las razones para esta predicción es que el servicio de salud, en el contexto político más amplio, no es una cuestión revolucionaria. No pondrá en peligro los fundamentos del sistema social, como los ponen otras cosas..." (p. 34). La salud sería, así, una meta deseada por todos los sectores de la población, independientemente de las relaciones contradictorias que mantienen entre sí y de su diferente lugar en las relaciones sociales.

2. Peter Leonard, "Restructuring the Welfare State", en *Marxism Today*, Londres, diciembre de 1979, pp. 12-13.

Obviamente, este planteamiento, ubicado en el contexto de la producción capitalista, dista mucho de ser válido: el consumo productivo de la fuerza de trabajo es, simultáneamente, un proceso de deterioro de la salud obrera, como lo atestiguan las estadísticas sobre el tema. El capital es una relación social y “un factor patógeno” (Berlinguer), pero asimismo esto significa que “capitalismo y salud son incompatibles” (V. Navarro). Por consiguiente, las luchas de los obreros por más altos niveles de salud, lejos de resolverse en el marco de la conciliación, se enfrentan al poder del capital, que adquiere el uso de la fuerza de trabajo y, simultáneamente, dispone sobre la salud del obrero.

Para Roemer, esta autonomización de la salud con respecto a las contradicciones sociales se hace extensiva a sus instituciones: “por ley, el dinero del seguro social está protegido de los altibajos de la política y del debate parlamentario” (p. 375).

A causa del tamaño del libro, este comentario bibliográfico se restringió a las principales y más generales tesis sustentadas por el autor. Deliberadamente hemos excluido de esta nota el análisis que hace el autor de los casos concretos de los sistemas de salud de una multitud de países. Ahí es, sin lugar a dudas, donde su trabajo se revela más fecundo, por su conocimiento si no exhaustivo, por lo menos profundo de los aspectos institucionales de tan diversos sistemas de salud. En ese sentido, Milton Roemer tiene una postura progresista con respecto a las críticas más reaccionarias de la burguesía a la colectivización de los servicios de salud, a la organización de la salud en el campo socialista. Cabe, empero, reiterar nuestro escepticismo acerca del optimismo con que el autor encara las tendencias a largo plazo de la salud y sus instituciones (por ejemplo, la confusión que tiene con respecto a la colectivización de los sistemas de salud, como tendencia que se impondría tanto en los países socialistas como en los capitalistas, obviando el hecho de que en estos últimos no hay socialización verdadera de ninguna actividad social al no existir ni socialización de los medios de producción ni socialización del poder político).

En resumen, se trata de una obra que, por el acopio de información empírica, por ser portadora de una opción teórica e ideológica popular hasta hace algunos años, amerita ser leída, estudiada y discutida. *Enrique Rajchenberg S.*

LAS SEMILLAS DE LA MUERTE

David Weir y Mark Schapiro, *Circle of Poison. Pesticides and People in a Hungry World*, Institute for Food and Development Policy, San Francisco, 1981, 100 páginas.

Cada fin de semana, los consumidores invaden las tiendas de autoservicio para abastecerse de todo aquello que requiere una despensa —de acuerdo con el presupuesto de cada quien— y el mantenimiento de la limpieza del hogar, asimismo de acuerdo con el alcance de los diferentes bolsillos.

En una sección de los grandes almacenes, en donde se

exhiben alineadas e higiénicas, pueden adquirirse verduras, frutas y legumbres. Tras de elegir los ruborosos tomates; los apios olorosos y esbeltos; las papas, humildes, feas y lavadas; después de enfrentarse a la armadura de las alcachofas y al nácar olorífero de las cebollas, los consumidores sólo tienen que dirigirse a una sección vecina, la de productos de limpieza y llenar su carrito con “Baygon” (la TV anuncia “Baygon sí la hace”), verde o amarillo; “H-24”, con aroma de rosas y en cuatro tipos de envases; “Okó”, cuyo anuncio televisivo advierte que “si mata cucarachas, qué no matará”, o “Raid”, también en colores azul, negro o rojo, según el tipo de insectos que se desee aniquilar.

Así, en aras de la higiene y de los deseos de exterminar moscos, mosquitos, moscas, cucarachas, hormigas y cuanto bicho invada la seguridad hogareña, los compradores juntan, sin saberlo, los venenos que ya habían aspirado esas frutas y verduras cuando aún reposaban en los surcos del campo, con los mismos venenos, envasados en aerosoles multicolores y atractivos, etiquetados con la leyenda de que se trata de presentaciones inofensivas, para uso hogareño, cuyo contenido puede utilizarse con confianza y rociarse en todos los rincones de la casa, estén presentes o no sus moradores.

En otra sección del deslumbrante supermercado, los afectos al cultivo del jardín o de las plantas de ornato pueden proveerse de plaguicidas cuyo contenido, en este caso, los productores no presentan disfrazado para evitar que caiga en manos de los niños o perjudique a los animales domésticos. Así, con los baños de insecticida por los que han pasado los comestibles en el campo, los numerosos aerosoles, cuya tarea consiste en conservar una supuesta higiene hogareña, y los plaguicidas declarados, que irán a parar al jardín o a las plantas interiores, el consumidor cae sin saberlo en el círculo de veneno que los países industrializados arrojan en el resto del mundo y que forman, al igual que esos círculos concéntricos que nacen al arrojar una piedra en el agua, circunferencias cada vez más grandes, cuyos daños alcanzan a un número cada vez mayor de seres humanos, animales y vegetales.

Empero, no debe extrañar que los usuarios guíen su comportamiento de acuerdo con las normas dictadas por una publicidad descomunal, que ocupa buena parte de los mensajes televisivos, dirigida a mostrar que de la destrucción de las moscas o cucarachas puede emanar la total felicidad hogareña, puesto que son contados quienes realmente saben qué es lo que están provocando los insecticidas y plaguicidas en el mundo entero.

Los autores del libro que se reseña hicieron frente a obstáculos poderosos, puesto que la Agencia para la Protección Ambiental (Environmental Protection Agency) conserva celosamente fuera del alcance del público todos los datos sobre la protección de la industria de plaguicidas. Sin embargo, lograron recabar numerosos testimonios al entrevistar a centenares de individuos que colaboraron, con sus declaraciones, a integrar lo que semejaba un inmenso rompecabezas que tomó forma en cuanto los autores comprobaron que el origen de numerosos males, enfermedades y muertes tempranas se encontraba en la invasión de sustancias nocivas y mortales.

Los autores señalan que, de acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (OMS), en el Tercer Mundo cada minuto

muere un individuo envenenado por plaguicidas, aunque nada se dice del número de casos de cáncer, de niños deformes y de abortos que resultan del uso de esas sustancias químicas.

La tasa de envenenamientos por plaguicidas en los países en desarrollo es 13 veces más alta que en Estados Unidos, pese al mayor uso que se les da en este último país. ¿Por qué? La razón es evidente: en naciones en donde predomina el analfabetismo; en donde no existen sindicatos que protejan a los trabajadores; en donde nadie investiga los peligros de los plaguicidas; en donde se carece del personal calificado para hacer cumplir los reglamentos; en donde los fabricantes extranjeros gozan de absoluta libertad para inundar el mercado con productos tan peligrosos que han sido prohibidos en Estados Unidos, ¿de qué sirve pegar etiquetas para advertir el grado de peligrosidad de dichas sustancias? Y aunque los trabajadores no fueran analfabetos ¿de qué les serviría enterarse de mensajes que han sido deliberadamente alterados, como los que añaden a sus productos tóxicos empresas como Hoechst, Shell, Dow, Velsicol, Ciba-Geigy y American Cyanamid? *“En México —señalan los autores— se rotula de manera incorrecta más de 50% de los plaguicidas que se venden en el comercio.”* (p. 16, subrayado mío).

Una práctica común de las economías capitalistas desarrolladas es inundar con sus productos los mercados de otros países, lo cual resulta doblemente satisfactorio cuando los productos que se envían al exterior han sido prohibidos en el territorio propio, como en Estados Unidos, por ejemplo. Así, mientras no se derrame sobre suelo estadounidense una sola gota de ciertas sustancias químicas que llenan largas hileras de tanques, podrán exportarse a otras partes del mundo, en donde se utilizarán para acabar con las plagas, aunque dañen a los humanos y a los animales domésticos de los países que las adquieren.

Así sucede con el DBCP (1, 2-Dibromo-3-cloropropano), sustancia eficaz contra el gusano que ataca a la piña, el plátano y los cítricos, y que se utiliza en Hawái, Costa Rica, Honduras, Ecuador, Formosa y África del Norte. Lo anterior ocurre pese a que la Agencia para la Protección Ambiental prohibió el uso del DBCP en Estados Unidos —parece que Hawái se les olvidó— porque puede provocar cáncer y esterilidad en los humanos. Un funcionario de la Amvac Chemical Corporation, gran fabricante de ese plaguicida, opina que es lo mejor que podría ocurrirles a los estadounidenses: no pueden vender la sustancia dentro de su país, pero pueden dispersarla por todo el mundo. E igual acontece con el Phosve elaborado por la Velsicol Chemical Corporation para exportarlo a numerosos países, pese a que la fábrica en Estados Unidos tuvo que dejar de funcionar cuando se presentaron en sus trabajadores profundos desórdenes en el sistema nervioso central que los convirtieron en *zombies*, muertos vivientes. Después del escándalo del Phosvel en su lugar de origen, la Velsicol exportó sus existencias de la maligna sustancia a Costa Rica, y de ahí se distribuye a toda Centroamérica. Como si fuera poco, la Velsicol ha comenzado a fabricar un producto más maligno que el Phosvel, llamado EPN.

La Hooker Chemical and Plastic Corporation —causante de la tragedia de Love Canal— provoca constantes desgracias en numerosos países del Tercer Mundo, en los cuales las víctimas carecen de medios para protestar, ignoran qué les sucedió y no

pueden trasladarse a sitios seguros, como lo hicieron las víctimas del BHC que lanzara la transnacional en su propio suelo. Ahora ese producto se vende en Costa Rica, Perú, Colombia y Guatemala.

Grandes empresas como Dow, Shell, Chevron, Bayer y Dupont echan mano de la amenaza solapada a fin de que los campesinos de los países pobres adquieran sus productos: “Si quiere una buena cosecha, use nuestro plaguicida”, claman esas transnacionales, mientras afirman ayudar con sus sustancias químicas a alimentar a un mundo hambriento. Alejadas de los reglamentos vigentes en su país de origen, en sus publicaciones agrícolas destinadas al Tercer Mundo las transnacionales pregonan las virtudes de sus productos, mientras callan sus aspectos perjudiciales. Además, muchos fabricantes suelen embarcar desde su país, por separado, los distintos ingredientes de los plaguicidas para integrarlos en los sitios en donde serán distribuidos; de esta forma evitan los impuestos y reglamentos vigentes sobre protección ambiental. Este tipo de fábricas opera en la India, Malasia, Indonesia, Kenia y Brasil, país en donde domina la mayor empresa fabricante de plaguicidas en todo el mundo, la Bayer.

Cuatro importantes organizaciones —el Banco Nacional de Pakistán, el Banco Mundial, la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) y el Instituto Internacional de Ciencias Agrícolas (IICA)— ayudan a crear un sistema para mejorar la distribución de productos agrícolas. El IICA, que pertenecía hasta fecha reciente a la OEA, tiene oficinas en todos los países latinoamericanos. Las cuatro organizaciones sincronizan la actividad de los agricultores del Tercer Mundo con ayuda del dinero y la información que controlan las poderosas instituciones del mundo desarrollado.

Los programas del Banco Mundial para otorgar créditos a los campesinos de Asia, África y América Latina a fin de que adquieran plaguicidas y herramientas agrícolas, están respaldados por nueve bancos de desarrollo regional. Los préstamos del Banco Mundial abarcan irrigación, mejoramiento de semillas, fertilizantes químicos y plaguicidas. Sin embargo, algo que parece increíble es que el Banco no utilice los servicios de un solo experto que ilustre a los agricultores acerca del uso correcto de los plaguicidas. El Banco se limita a otorgar préstamos para la adquisición de productos químicos, sin especificar un plaguicida determinado.

Otra meta importante para el recorrido de las transnacionales por el mundo en desarrollo es el control de semillas. De acuerdo con la FAO, en el año 2000, 67% de las semillas que se usen en los países subdesarrollados será de las llamadas variedades mejoradas, más vulnerables al embate de las plagas, lo cual significa que para entonces el Tercer Mundo requerirá mayores cantidades de plaguicidas.

Muchas de las transnacionales controlan las patentes de las semillas más solicitadas. De las 73 patentes concedidas al frijol, más de tres cuartas partes pertenecen a cuatro empresas: Union Carbide, Sandoz, Purex y Upjohn. Sandoz y Ciba-Geigy controlan casi toda la existencia de semillas de alfalfa y sorgo en Estados Unidos.

Las gigantescas fabricantes de plaguicidas Monsanto, Ciba-Geigy, Union Carbide y FMC también figuran entre las

principales productoras de semillas en Estados Unidos. De 1968 a 1978, las transnacionales adquirieron las 30 empresas productoras de semillas más importantes; en la actualidad destaca la Shell, poderosa en el control de la petroquímica, el petróleo y más de 30 tipos de semillas, en Europa y América del Norte.

En consecuencia, dichas empresas tienen en sus manos el problema y la solución: por un lado, agravan el mal de las plagas, al difundir las semillas "mejoradas"; por otro, venden los productos químicos destinados a combatirlos. Se ha comprobado que las semillas híbridas, de elevado rendimiento, no resisten el embate de las plagas, con lo cual los campesinos del mundo entero dependerán cada vez más de los plaguicidas. Hay una obligación implícita; al adquirir las semillas de "alto rendimiento" también deben obtenerse los plaguicidas correspondientes.

Entre los casos más alarmantes citados por los autores destacan el de Filipinas, en donde el régimen marcial del presidente Marcos impide cualquier señal de descontento a causa de los daños a la tierra, el aire y el agua que perpetran United Brands, Del Monte y Castle and Cooke; y el de Malasia, en donde los habitantes de Penang han comprobado el envenenamiento de la tierra, el agua potable, los cultivos y el agua de lluvia, con plaguicidas tales como DDT, Aldrin, BHC, Dieldrin y otros más, todos desterrados de Estados Unidos.

De 1972 a 1975, en las regiones algonereras de Centroamérica se registraron más de 14 000 envenenamientos y 40 muertes a causa de plaguicidas. Para combatir las plagas del algodón se utiliza el Parathion, concebido como arma bélica por los científicos nazis durante la segunda guerra mundial. Esta sustancia es 60 veces más tóxica que el DDT y su ingestión provoca convulsiones que sólo terminan en la muerte.

Por último, el caso que más nos debería inquietar, puesto que nos atañe directamente, es el de Sinaloa, región productora de arroz, trigo, soya, frijol, frutas y hortalizas de exportación. El tomate de la región es muy apreciado por los estadounidenses y bajo esa divisa trabajan los agricultores que lo producen. Así, para que los consumidores allende el Bravo disfruten de frescas y generosas rebanadas de tomate en sus tradicionales ensaladas, los trabajadores que lo cultivan reciben la misma dosis de plaguicidas que las plantas. Empero, mientras la raíz, el tallo y los frutos pueden resistir fuertes

dosis de veneno (aunque después las transmitan en parte a los comensales), los brazos, pulmones, el cuerpo entero de los trabajadores termina tarde o temprano por sucumbir bajo la constante lluvia del Sencor Metribuzin que produce la Bayer. Y sí, por un lado, los parcos jornales que reciben por entregar sus vidas no alcanzan a estos empleados ni para recibir atención médica, por otro la lluvia de veneno, que es pródiga, hace partícipe de sus efectos letales a los niños, las mujeres, el agua y la tierra; al hábitat entero en que se mueven los miles de individuos que se dedican al cultivo del tomate en Sinaloa.

¿Qué hacer para destruir el círculo de veneno? se preguntan los autores. Entre sus conclusiones señalan que mientras la sociedad entera de Estados Unidos no se encargue de tomar las decisiones importantes, tales como las relativas al desarrollo y la distribución de los productos químicos aplicados a la agricultura, las mayorías de todo el mundo continuarán padeciendo los efectos nocivos de los plaguicidas. Para comenzar, Weir y Schapiro proponen demostrar que se conoce el peligro que implica la proliferación de plaguicidas, mediante el envío de cartas a los representantes del Congreso, a fin de que apoyen la ley antidumping de plaguicidas; al Departamento de Estado, al Programa de las Naciones Unidas para el Ambiente (PNUMA), citando las medidas que deberían adoptarse para desterrar la exportación de sustancias peligrosas. Recomiendan alertar a los diarios, sindicatos, estudiantes y religiosos, a la comunidad entera, a fin de que combatan la proliferación de plaguicidas.

Sin embargo, los autores, capaces de realizar su investigación contra viento y marea, pese a la reserva absoluta de las autoridades que conservan a puerta cerrada todo lo relacionado con la exportación de sustancias peligrosas, también muestran la misma actitud (tan desprendida y generosa como candorosa), de otros estudiosos sensibles a los problemas que aquejan a los países del Tercer Mundo.

Cierto que la exportación de plaguicidas crea un círculo de veneno. Sin embargo, las fuertes restricciones de la Agencia de Protección Ambiental logran constantemente impedir el ingreso de los tóxicos a Estados Unidos. Por otra parte, en ningún momento los autores aluden a los aspectos tecnológicos del problema, a la necesidad de impulsar el control biológico de las plagas, con lo cual el uso de los plaguicidas acabaría por desterrarse. En tanto eso no ocurra, los surcos del mundo en desarrollo continuarán albergando en su seno la semilla de la muerte. *Graciela Phillips.*

obras recibidas

Jean Cartelier

Excedente y reproducción. La formación de la economía política clásica, trad. del francés de Marcelo Miquet, Fondo de Cultura Económica, México, 1981, 364 páginas.

Jorge Castañeda

México y el orden internacional, El Colegio de México, México, 1981, 245 páginas.

Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo
Presencia Nueva, núm. 1, México, 1981, 152 páginas.

Bonifacio Contreras T.

Concentración y centralización de capital en la industria farmacéutica en México, informe de investigación núm. 39, División de Ciencias Sociales, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Xochimilco, México, 1980, 88 páginas.

Sociología del conflicto vs. sociología de la cooperación, informe de investigación núm. 58, División de Ciencias Sociales, UAM, Unidad Xochimilco, México, 1980, 20 páginas.

Coordinación General de los Servicios Nacionales de Estadística, Geografía e Informática, SPP, México.

Anuario estadístico del comercio de los Estados Unidos Mexicanos con los países de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, 1978, 1981, 491 páginas.

X Censo industrial 1976. Datos de 1975. Desglose de productos obtenidos por clase de actividad, 1981, 314 páginas.

Directorio de empresas proveedoras de bienes y servicios informáticos, 1981, 126 páginas.

Guías para la interpretación de cartografía. Cartas urbanas, 1981, 312 páginas.

Guías para la interpretación de cartografía. Climatología, 1981, 50 páginas.

Guías para la interpretación de cartografía. Recursos naturales, 1981, 14 páginas.

Manual de normas y procedimientos en informática. Directorio de Unidades de Informática de la administración pública federal e instituciones educativas y de investigación, 1981, 125 páginas.

El sector alimentario en México, 1981, 698 páginas.

Trabajo y salarios industriales 1978, 1981, 185 páginas.

Héctor Díaz-Polanco

El desarrollo rural en América Latina. Notas sobre el caso mexicano, serie Cuadernos del CIIS, núm. 3, Centro de Investigación para la Integración Social, México, 1981, 55 páginas.

Antoni Kuklinski (comp.)

Aspectos sociales de la política y de la planeación regional, trad. del inglés de Eduardo L. Suárez, Fondo de Cultura Económica, México, 1981, 520 páginas.

Thomas Mckeown y C.R. Lowe

Introducción a la medicina social, trad. del inglés de Rulilio Riestra, Siglo XXI Editores, México, 1981, 365 páginas.

Mechthild Minkner

Wirtschaftsentwicklung in Bolivien unter der Regierung Banzer (1971-1978), Institut für Iberoamerika-Kunde, Hamburgo, 1981, 43 páginas. (Hay un resumen en español: "El desarrollo económico de Bolivia durante el Gobierno de Banzer [1971-1978], pp. 145-154).

Secretaría de Planeamiento y Desarrollo

Aspectos generales del problema alimentario y el caso de la Argentina, Gobernación de la Provincia de Buenos Aires, s.f., 147 páginas.

SPP-Banco de México-PNUD

Sistema de Cuentas Nacionales de México, 7 t., México, 1981:

Tomo I: *Resumen general, VIII + 415 páginas.*

Tomo II: *Cuentas de producción. Actividades primarias, 410 páginas.*

Tomo III: *Cuentas de producción. Actividades secundarias; vol. 1: 798 páginas; vol. 2: 645 páginas.*

Tomo IV: *Cuentas de producción. Servicios, 485 páginas.*

Tomo V: *Oferta y utilización de bienes y servicios, 771 páginas.*

Tomo VI: *Cuentas del gobierno general de bienes y servicios, 353 páginas.*

Tomo VII: *Matriz de Insumo-Producto. Año de 1975, 221 páginas.*

SPP, Delegación Regional en Yucatán.

Informe económico de Yucatán 1980, Mérida, Yucatán, México, 1981, VIII + 148 páginas.

Antonio Sacristán Colás

La situación económica mundial y México: las cuestiones que suscita el intercambio del petróleo, serie Ensayos, col. Economía, núm. 1, Centro de Investigación y Docencia Económicas, México, 1981, 72 páginas.

Henry E. Sigerist

Hitos en la historia de la salud pública, trad. del inglés de Mario Usabiaga, Siglo XXI Editores, México, 1981, 98 páginas.

H.W. Singer

La estrategia del desarrollo internacional. Ensayos sobre el atraso económico (Alec Cairncross y Mohinder Puri, comps.), trad. del inglés de Eduardo L. Suárez, Fondo de Cultura Económica, México, 1981, 286 páginas.

Mario Teló (ed.)

La crisis del capitalismo en los años 20. Análisis económico y debate estratégico en la Tercera Internacional, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 85, Ediciones Pasado y Presente, México, 1981, 345 páginas.

Varios autores

Financiamiento del comercio exterior y seguro de crédito a las exportaciones, Asociación Latinoamericana de Instituciones Financieras de Desarrollo, Lima, 1979, 431 páginas. □